-¿Vuelves á bajar? preguntó su madre sin poder volver la cabeza.

—Sí, se me ha olvidado una cosa, pero vuelvo enseguida.

En efecto, no volvió. Al dia siguiente, los Coupeau, libres de la borrachera, se tiraron los trastos á la cabeza achacándose uno á otro la huida de Nana. Aquel fué un golpe que aplastò mas á Gervasia. Para sobrellevarlo se emborrachò tres dias seguidos, sin que se le callese de la boca los mayores insultos á su hija. Coupeau, despues de haber andado por los boulevares exteriores examinando de cerca à todas las muchachas que pasaban, se quedó tan tranquilo como si tal cosa; sin embargo, cuando estaba sentado à la mesa se levantaba á lo mejor con un cuchillo en la mano gritando que estaba deshonrado, pero luego se volvia á sentar y seguia comiendo.

En la casa, donde á cada momento estaba sucediendo otro tanto, á nadie llamó la atencion aquel accidente, pero los Lorilleux estaban contentos porque se habian cumplido sus predicciones respecto á la muchacha.

-¿No saben vds. lo que hay? dijo un dia la Sra. Lorilleux en la portería donde estaba reunida la comparsa tomando café. ¡Pues bien! ¡sepan que la coja ha sido la que ha vendido á su hija!..... Para mí es tan claro como la luz del dia.

Miéntras acabaron el café discutieron el punto en cuestion. Despues de todo, era posible que así fuese

pues cosas mas grandes se veian, y todo el mundo acabó por creerlo.

Gervasia, entre tanto, se habia puesto, como quien dice, el mundo por montera, y aunque en la calle la hubieran llamado ladrona, no hubiera vuelto la cabeza. Desde hacia un mes no trabajaba en casa de la señora Fauconnier, de donde la habian echado al fin para evitar disputas, y despues de recorrer en pocos dias ocho talleres de planchadora, de los que la despidieron igualmente porque todo lo ensuciaba y echaba á perder decidió dejar el oficio y ponerse á lavar á jornal en el lavadero de la calle Nueva. A pesar de este trabajo y de las hambres que pasaba, engordaba cada dia más y la cojera se hacia mas visible.

Cuando una persona deciende tan bajo, el orgullo desaparece; así es que Gervasia habia prescindido por completo de sus antiguas altiveces, coqueterías y sentimientos de conveniencia y decoro. Lantier la abandonó por completo y ella casi no se apercibió de ello. Ni aun le alteraban en lo mas mínimo las relaciones del sombrerero con Virginia. Estos no se recataban va de nadie é iban dando buena cuenta de la nueva tienda. Miéntras el pobre Poisson hacia su servicio de noche tiritando en las desiertas aceras, su muger y su amigo se la pegaban con la mayor tranquilidad, y todo el mundo encontraba aquello muy bien y reia la gracia. Como siempre seguia sin trabajar y hablando de sus grandes proyectos; ahora traia entre manos un proyecto de un sombrero paraguas, y prometia á Poisson darle parte en los beneficios, pidiéndole de cuando en cuando alguna que otra moneda de veinte francos para los experimentos. Miéntras esto llegaba, su boca iba fundiendo la tienda, pues como buen provenzal, nunca se hartaba de comer dulce.

Lantier, enternecido con aquel festin contínuo, se mostraba paternal con Gervasia y le daba buenos consejos. Acusábala de haber sido golosa toda su vida. Pero como hay que tender la mano á las gentes, aunque no lo merezcan, procuraba proporcionarle algun trabajo. Así es que decidió á Virginia á que la llamase todos los sábados para fregar la tienda y las habitaciones, dàndole por este trabajo un franco y medio. Gervasia desempeñaba con la mayor tranquilidad tan humilde y súcia faena, en aquella tienda donde con tanto orgullo habia reinado en sus buenos tiempos.

Un sábado se hallaba Gervasia entregada á la referida ocupacion. Habia llovido los tres dias anteriores y los piés de los parroquianos habian llevado à la tienda el barro de toda la calle y aun de todo el barrio. Virginia estaba sentada en el escritorio muy compuesta y emperegilada, y á su lado se hallaba Lantier con aire de amo de casa, el cual, por no perder la costumbre metia la mano en un bote de cristal lleno de pastillas de menta.

—¡Oiga vd. Sra. Coupeau! gritó Virginia que seguia con la vista el trabajo de Gervasia, ese rincon no se queda limpio. ¡Frótelo vd. mejor!

Gervasia obedeció. Arrodillada en tierra, en medio del agua sùcia, despeinada y con el viejo vestido mojado y pegado à las carnes, parecia un monton de carne floja y muelle que iba de un lado á otro con arreglo á

los movimientos del cuerpo, asomándose á veces por los agujeros de su jubon. Sudaba de tal manera, que de su rostro caian gruesas gotas.

Virginia, algo echada hácia atràs con aire de princesa y con los ojos entornados, no perdia de vista el trabajo y seguia hacièndole alguna que otra observacion.

- Ahora un poco más hácia la derecha y mucho cuidado con las maderas...... ya sabe vd. que el último sábado no quedé contenta del todo.

Virginia debia gozar al ver á Gervasia arrastràndose á sus piés, porque sus ojos de gata despedian amarillos reflejos y miraba à Lantier con sonrisa de triunfo y de venganza. Al fin se vengaba de la antigua paliza del lavadero.

Entre tanto, se oia en la habitacion inmediata un lijero ruido de sierra cuando Gervasia paraba un momento. Por la puerta se veia, destacàndose en medio de la triste luz del patio, à Poisson, que como estaba libre de aquel dia, se consagraba á su pasion por las cajas.

—Oye, Badiangue, gritó Lantier, me quedo con esa caja para regalársela à una señorita.

Virginia le tiró un pellizco, pero él sin dejar de sonreir, se lo pagó con una caricia un poco atrevida para estar tan cerca su amigo.

—Justamente, dijo el agente de órden público, la destinaba para tí. Augusto, como un recuerdo de amistad.

—En ese caso, la conservaré como oro en paño, y hasta me la colgaré con una cinta al cuello, contestó riendo el sombrerero.

Despues, como si esta idea despertase otra en su memoria, dijo bruscamente:

-¡A propósito! ayer en la noche encontré à Nana.

Bajo la influencia de la emocion que le produjo semejante noticia, Gervasia permaneció inmóvil unos momentos, llena de sudor y con el estropajo en la mano.

Ah! murmuró únicamente.

Sí, bajaba yo por la calle de los Màrtires, cuando me encontré de manos à boca con la muchacha cojida al brazo de un viejo...... y no le debe de ir muy mal, pues parecia muy contenta, y llevaba un lindo vestide de lana y una cruz de oro al cuello.

-¡Ah! repitió Gervasia con voz más sorda.

Lantier, que habia dado fin à las pastillas de menta echó mano á otro bote y continuó:

—Al verme, me hizo seña de que la siguiese, con un aplomo que me admiró... Despues dejó al viejo en un café, y volvió á donde yo estaba; me preguntó por todo el mundo y estuvo conmigo muy expresiva..... Estoy muy contento de haberla encontrado.....

-¡Ah! dijo por tercera vez Gervasia.

Esperaba á ver si su hija habia dicho una palabra para ella, pero inútilmente. Lantier seguia chupando una pastilla sin acordarse de ella.

Pues yo, añadió Virginia, tirando otro pellizco al sombrero, si la viera venir por una acera echaria por la otra. Sí, me avergonzaria de que me saludase en público una muger de esa clase.....

Lantier, para calmar su enojo, aprovechó un momento en que Poisson no miraba para meterle una pastilla en la boca de Virginia. Entónces ésta sonrió, y volviendo su còlera contra la lavandera, le dijo;

-¡Vamos, despáchese vd!......; Va à durar eso hasta la noche.

Gervasia se inclinó de nuevo y continuó su pesada y súcia tarea arrastràndose por el húmedo pavimento con el movimiento irregular de una rama entumecida.

Al cabo de un momento de silencio, Lantier dijo, dirigiéndose á Poisson:

—Oye. Badingue, ayer he visto á tu amo en la calle de Rivoli...; Qué estropeado está! ¡no dura seis meses! ¡Ya se ve, con la vida que lleva!.....

Estas palabras se referian al emperador, y Poisson contestó secamente.

-¡Si tú fueras el gobierno, no estarias tan gordo.

—¡Oh! si fuera el gobierno, contestó Lantier afectando gravedad, irian las cosas mejor de lo que van. Por ejemplo, la política exterior les está haciendo sudar hace algun tiempo; ¡y si yo tuviera algun amigo períodista para inspirarle mis ideas! ¡Es lo más sencilo del mundo! Ante todo, reconstituiria la Polonia y estableceria un gran Estado escandivano para tener à raya al gigante del Norte. Despues formaria una república con

todos los reinecillos alemanes.... En cuanto á Inglaterra, no hay que temer; si se movia enviaba cien mil hombres á la Inglaterra.... Ademas, mandaria al gran Turco à la Meca y al Papa à Jerusalem, con lo cual quedaba limpia la Europa. ¿Qué te parece Badingue?

—El emperador tiene otro plan, dijo el agente, despues de reflexionar dos minutos.

—¡Ya está conocido su plan! replicó Lantier violentamente; la Europa se burla de nosotros..... Los criados de las Tullerías recojen todos los dias á tu amo de debajo de la mesa entre dos cocottes del gran mundo!

Pero Poisson se levantó y dijo poniéndose la mano sobre el corazon.

—¡Augusto, me estàs hiriendo en lo que màs estimo. Habla sin descender á personalidades.

Virginia intervino, diciendo que la dejasen en paz y no hablasen de política, pues la tenia sentada en la boca del estómago. Ellos murmuraron un instante por lo bajo; despues Poisson, para mostrar que no guardaba rencor, trajo la cajita que ya tenia concluida, y en cuya cubierta se leia; A Augusto, recuerdo de amistad. El regalo lisonjeó á Lantier.

Apenas volvió la espalda el agente, ocurriòle al bribon del sombrerero, que era en extremo descarado con las mugeres, darle un beso en el ojo izquierdo á Virginia. Generalmente tenia más prudencia, pero despues de una disputa sobre política se atrevia à todo. Aquellas desvergonzadas caricias le vengaban del imperio y de sus desaciertos. Sin embargo, aquella vez no tuvo en cuenta la presencia de Gervasia. Esta, que habia

acabado su tarea, estaba de pié cerca del mostrador esperando que le pagasen, mojada y súcia como perro recien sacado de una alcantarilla, y no se alteró en lo más mínimo ante aquella desvergüenza; pero Virginia se avergonzó y le echó sobre el mostrador su dinero. La lavandera no se movió.

-¿Con que no le ha dicho á vd. nada? dijo al fin al sombrerero.

-¿Quién? exclamó él. ¡Ah! ¡sí, Nana!... Ni una palabra.

Gervasia se marchó con su dinero en la mano.

En el barrio las borrachas de su especie, decian que bebia para consolarse del escàndalo de su hija, y ella misma cuando venia cayèndose decia que era á causa del dolor. Pero las gentes honradas se encojian de hombros, diciendo que su dolor era dolor de botella. Sin duda alguna al principio le produjo gran impresion pero estaba ya harto degradada y decaida para que le durase mucho la vergüenza. A los ocho dias ya no pensaba en el suceso.

Sin embargo, varias veces tuvo noticia de la pequeña porque siempre hay almas caritativas que rabian por dar una mala noticia. Segun le dijeron, Nana habia dejado al viejo que la adoraba y la mimaba, para irse con un perdido cualquiera como muchacha casquivana y sin experiencia. Lo cierto es, que un dia en la Plaza de la Bastilla le pidió al viejo tres sueldos para entrar en un retrete, lo cual entre la bueua sociedad se llama uorinar à la inglesa." Otros juraban haberla visto despues bailando en el "Gran Salon de la Locura." calle

de la Chapelle, y este ùltimo dato inspiró á Gervasia la idea de frecuentar los bailes del barrio. Coupeau la acompañaba en estas escursiones, que en un principio se redujeron á dar cuatro vueltas y ver si su hija estaba entre la concurrencia. Una noche que tenian dinero se sentaron y tomaron un ponche para refrescarse y ver si de paso descubrian á Nana.

Al cabo de un mes habian olvidado á su hija, y ya solo se ocupaban en divertirse viendo bailar y tomando algo cuando podian.

Justamente, una noche de Noviembre habian entrado en el "Gran Salon de la Locura" para calentarse un poco, pues corria un frio que afeitaba á cualquiera. La sala parecia un hormiguero. Despues de dar vueltas sin encontrar mesa desocupada tomaron el partido de esperar de pié á que se desocupase una. Como Coupeau se hallaba colocado en el paso, vió un jovencillo flaco que despues de darle un codazo al pasar se limpiaba la manga del paletot.

—¡Oiga V! gritó furioso. quitándose la pipa de la boca, ¿no podia tener más educacion?....; No parece, sino que porque uno lleva blusa!....

El jóven se volvió y midió con la vista al plomero que siguió diciendo

—¡Pues sepa vd. so títere, que la blusa es el mejor vestido..... El vestido del trabajo!..... Si quiere vd. le limpiaré con un par de bofetones..... Pues no faltaba mas sino que semejantes monigotes vengan á insultar al obrero.....

El jóven se escabulló por entre la gente, murmu-

-Valiente animal.

Coupeau quiso alcanzarle, jurando que iba á hacer un escarmiento con aquel señorito, pero el gentío era tal, que no dejaba dar un paso. El y Gervasia daban vueltas con lentitud al rededor del baile; delante de ellos se apiñaba una triple fila de curiosos, esperando con lascivas miradas á que alguna de las que bailaba alzase demasiado la pierna, y como los dos eran de poca estatura tenian que empinarse sobre las puntas de los piés para ver algo, los instrumentos de metal tocaban con ensordecedor estruendo una furiosa cuadrilla las parejas levantaban una nube de polvo, y el calor era sofocante.

-¡Míra! dijo de pronto Gervasia.

−¿Qué?

-Aquel sombrero de terciopelo, allá abajo.

Al principio por mas que se pusieron de puntillas, solo veian un sombrero negro con dos plumas negras que se balanciaban al compás del baile. A lo mejor le veian ocultarse y volver á aparecer entre los demas, llamando la atencion de todo el mundo con sus descompasados movimientos.

-¿Y qué es eso? preguntó Coupeau.

-¿No reconoces ese moño? murmuró Gervasia, sofocada: !Apostaria el brazo derecho á que es ella!

El plomero se abrió paso bruscamente á través de la multitud. ¡En efecto, era Nana! Llevaba un vestido de seda viejo y súcio, con los volantes descosidos, sin que cubriese sus hombros y cuello, la mas ligera pañoleta. ¡Y pensar que aquella bribona habia dejado un viejo

que la tenia como una reina para irse con un perdido. Sin embargo, seguia tan fresca y hermosa como ántes.

-¡Espera! ¡Yo te daré baile! murmuró Coupeau.

Nana no sospechaba nada y seguia bailando. Sus desenfrenadas figuras llamaban la atencion y se habia formado un corro que la aplaudia estrepitosamente. Con el vestido levantado hasta las rodillas seguia los accidentados movimientos del can-can, con un chic sin igual. Entre tanto, Coupeau, que pugnaba por llegar hasta ella, recibia empellones de todos y gritaba:

¡-Déjeme vd. pasarl ¡Es mi hija!

Nana, que en aquel momento estaba vuelta de espaldas, recibió un fuerte puntapiè, en donde puede comprender el lector, y al volverse se quedó pálida como la muerte al ver á su padre.

-¡Fuera! gritaron los del baile.

Pero Coupeau que acababa de reconocer en la pareja de su hija, al jovencillo flaco que antes le habia insultado, gritaba como un energúmeno, sin hacer caso de nadie:

iSi, somos nosotros! ¡No nos esperabas? ¡Y por cierto, que te cojo bailando con un monigote que me faltó al respeto hace poco!

Gervasia le decia apretando los dientes:

-¡Callate! ¿A qué vienen tantas explicaciones?

Despues adelantàndose, dió á Nana dos bofetones de cuello vuelto. El primero le puso de lado el sombrero de terciopelo, y el segundo quedó marcado en rojo sobre la blanca mejilla de su hija. Nana no lloró ni hizo el menor gesto.

La orquesta seguia tocando y la multitud incomodada gritaba:

-¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Vamos, echa andar! añadió Gervasia, y cuidado con que intentes escaparte, porque duermes en la prevencion!

El raquítico jovencillo que la acompañaba habia desaparecido prudentemente, y Nana no tuvo mas remedio que echar á andar tiesa y lista, y los tres salieron entre los gritos y las bromas de la concurrencia.

De nuevo empezó para la muchacha la vida de trabajo. Despues de haber dormido doce horas en su antiguo gabinete, se levantó como si nada hubiese sucedido. Mostróse arrepentida de su conducta anterior, y dijo que queria trabajar en casa para librarse de los malos ejemplos del taller. En efecto, buscó trabajo y cuanto necesitaba, y desde las cinco de la mañana estaba ya delante de su mesita. Pero á los pocos dias se desesperaba al ver el trabajo, sentia calambres en los dedos y se ahogaba de estar encerrada todo el dia. Por último, dejó el trabajo por completo, y despues de algunas disputas con su madre, tomó nuevamente las de Villadiego.

Los Lorilleux, que con la vuelta y arrepentimiento de su sobrina andaban cariacontecidos, estuvieron á punto de volverse locos de alegría con aquel segundo eclipse.

Los Coupeau afectaron en público cierta indiferencia, pero en el fondo rabiaban. Sin embargo, al fin se hizo la indiferencia verdadera y supieron sin estremecerse que su hija era el escàndalo de todo el barrio. Gervasia juraba que aunque se la encontrase en la calle no se mancharia la mano para darle una bofetada. Entre tanto, Nana andaba de baile en baile, desde La Reina Blanca hasta el Eliseo Montmartre, pero el que mas preferia era el del Ermitaño, situado en un corral húmedo y el Baile Roberto, en un callejen sin salida; éste último no se distinguia por el exceso de alumbrado, ni por la limpieza, y en ambos se permitian mil abusos á los concurrentes.

La muchacha llevaba esta vida de perros, con sus altas y bajas, y cuando sus padres creian verla por casualidad en alguno de los referidos sitios, volvian la espalda y huia el bulto. Pero es el caso, que una noche cuando estaban acostándose, á eso de las diez llamaron á la puerta, era Nana que venia tranquilamente à pedir albergue y jen qué situacion! Con un vestido andrajoso, las botas sin zuelas y hecha una lástima. Recibió una solemne paliza como era natural; despues devoró con ansia un pedazo de pan duro que halló à mano y se durmió de puro rendida con el último bocado entre los dientes.

Este acontecimiento inauguró una nueva era. Cuando le parecia á la muchacha bien, tomaba el portante y se iba para volver al cabo de algunas semanas y hasta meses, unas veces en el estado mas miserable y otras bien vestida, aunque sin poderse tener en pié por lo licencioso de su vida. Los padres se acostumbraron al fin. En un principio cada vuelta à su hogar le costaba una soberbia tunda, pero últimamente los Coupeau se cansaron de pegar y la dejaban que entrase y saliese

cuando le diese la gana. ¿Qué habian de hacer? ¡La costumbre gasta la honradez como el uso gasta un vestido!

Una sola cosa indignaba á Gervasia, y era el ver entrar á su hija con vestido de cola y sombrero con plumas, que causaban una revolucion en toda la casa y escandalizaban á todo el mundo: los Boche habian prohibido à su hija tratase con semejante perdida. Otra cosa que Gervasia no queria tampoco pasar era la holgazanería de Nana, que se estaba durmiendo hasta las doce del dia. Muchas veces la cogia de un brazo, la sacudia y le amenazaba con echarle por el vientre un jarro de agua, pero ella abria un ojo y se extendia mas á su gusto.

Un dia que la planchadora puso en práctica su amenaza, sacudiéndole encima del cuerpo la mano mojada y preguntándole si habia estado en algun cuartel para venir rendida hasta tal punto, la muchacha furiosa, se envolvió en la sàbana, gritando:

- —¡Basta ya, mamá! Màs vale que no me hables de los hombres. Tú has hecho lo que has querido, y yo hago lo que me da la gana.
 - -¿Còmo? ¿Cómo? tartamudeò la madre.
- —Sí, yo no te he hablado nunca de ello, porque no me iba ni me venia, pero bastantes veces te he visto pasear en camisa miéntras papà roncaba.....¡Con que dèjame en paz!......¡Más valia que me hubieras dado ejemplo!.....

Gervasia se quedó pálida, agitada por un temblor nervioso y sin saber lo que le pasaba, miéntras Nana volvia á quedar sumida en su letárgico sueño. Coupeau ya no pensaba en castigar á su hija, y habia perdido por completo la brújula. Verdaderamente no se le podia culpar de padre inmoral, porque la bebida le quitaba la conciencia del bien y el mal.

Ya era cosa sabida; en seis meses del año no se le quitaba la borrachera, y á los seis meses iba à parar al hospital de Santa Ana, que era para él una temporada de campo. A las pocas semanas volvia á salir reparado y mejorado para entregarse de nuevo al vicio. En tres años ingresó siete veces en el hospital. A este paso no era difícil preveer el fin de aquel tonel viejo cuyas duelas y flejes iban cada uno por su lado.

Parecia un desenterrado. Su cuerpo impregnado de alcohol, se encogia y arrellanaba como un feto en espiritu de vino. Cuando se ponia delante de una ventana se clareaba de puro flaco. Con la cera que lloraban sus ojos habia para abastecer una catedral, y su nariz estaba amoratada como un lirio. Al verle tan encorvado, vacilante y viejo, nadie hubiera creido que solo tenia cuarenta años. El temblor de sus manos habia aumentado, y esto era lo que mas le irritaba haciéndole prorrumpir en feroces injurias.

El último verano, durante el cual Nana apareció por casa de sus padres, fué muy malo para Coupeau. Su voz se enronqueció, perdió casi por completo la vista, y sentia unos dolores de cabeza que le hacian ver las estrellas de dia. A lo mejor sentia horribles calambres en los brazos y piernas y tenia que sentarse, permaneciendo en una silla horas enteras como aletargado. Era víctima de extrañas alucinaciones, y tan pronto se vol-

via contra sí mismo y mordia los muebles presa de delirante fiebre, como caia en gran enternecimiento quejándose de su abandono.

No conocia otro remedio que echarse al coleto una copita de aguardiente de lo mas fuerte, y todas las mañanas calmaba de este modo el asma. Al fin perdió la memoria; su cráneo estaba hueco. A pesar de que tenia un pié en la sepultura, se burlaba de la enfermedad.

Por las primeras heladas, Nana abandonó el nido por ultima vez, por que sentia aproximarse el frio invierno. Los Coupeau no se inquietaron creyendo que volveria pero pasaron los meses y no volvió. Decididamente debia haber encontrado pan blanco en alguna parte. Un dia vendieron por seis francos la cama de hierro de la chica, y fueron à bebérselos á Saint Ouen.

Una mañana de Julio, Virginia llamó à Gervasia para que le fregase la vagilla, pues el dia ántes habia traido Lantier dos convidados. Mientras fregaba, Lantier le dijo desde la tienda:

-¡El otro dia he visto á Nana!

Virginia que estaba sentada junto al mostrador mirando como iba quedando la tienda vacia, movió furiosamente la cabeza. ¡Aquello no se podia soportar! Lantier veia á Nana con demasiada frecuencia y era hombre capaz de todo.

La señora Lerat que acababa de entrar y que era por entonces muy amiga de Virginia, preguntó al sombrerero:

^{-¿}En què sentido la ha visto V.?

—¡Oh en el buen sentido, contestò Lantier atusándose el bigote. ¡Ella iba en un carruaje en compañía de unos jòvenes ricos!...¡Y vaya que traje tan chic que llevaba!.....Yo no la reconocí al pronto, parecia una señora de la aristocracia, pero me saludó con la mano. ¡Creo que tiene relaciones con un vizconde!.....¡Puede reirse de todos nosotros!......¡Vaya una chica!......

Gervasia seguia maquinalmente enjugando un plato, y Virginia reflexionaba inquieta, pues tenia que pagar dos cuentas al dia siguiente, y no sabia como, mientras que Lantier gordo y rollizo y sudando azúcar llenaba con sus exclamaciones de entusiasmo la tienda, casi devorada ya. En esto vió en la acera de enfrente à Poisson que estaba de servicio. La figura del agente le hizo reir mucho, y obligó á Virginia á que mirase á su marido.

—¡Ah! murmuró !qué buena facha tiene Badingue esta mañana!.....Debe haber tomado una copita, porque aprieta demasiado el paso.

Cuando Gervasia subió á su habitacion encontró á Coupeau sentado en el borde de la cama fljando en el suelo su vidriosa mirada. Entonces ella se sentó en una silla y durante un cuarto de hora estuvo mirándole, sin hablar palabra.

-¡He tenido noticias! murmuró al fin. Han visto á tu hija..... Está muy bien y no necesita de tí. ¡Ella sí que es feliz! ¡Dios mio! ¡Cuánto daria por estar en su lugar!.....

Coupeau alzó su demacrado rostro, y contestó con voz idiota.

- Mira, hija mia, yo no te sujeto...... Aun no estàs del todo mal cuando te arreglas y limpias un poco y como dice el refran, nunca falta un roto para un descosido......;Sobre todo, si eso ha de proporcionar garbanzos!.....

ed as employ objection abidial all advisor relations.